



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Honrados, valientes y decididos

Exposición del Mensajero del Eterno

**E**L objetivo que se nos propone es la obtención de la vida eterna. Alcanzar la vida necesita un combate y la observación honrada y valerosa de las condiciones que hacen posible esta maravillosa situación.

En la Biblia se recomiendan toda clase de cosas. Los que la escribieron se expresaron lo mejor que supieron, y en proporción a la comprensión que tenían de los caminos divinos. Naturalmente, no poseían la luz que hoy tenemos. Actualmente, tenemos datos completamente claros y precisos.

Los caminos divinos son los únicos que nos convienen. El Señor sólo nos pide las cosas que nos son beneficiosas, que nos hacen bien y que nos conducen a la vida. Todo aquel que vive los principios de la ley divina alcanza la vida eterna. Mas no basta conformarse en estar de acuerdo con el programa divino, sino que conviene vivirlo. El Señor no nos dice: "Si estáis de acuerdo con el renunciamiento, sois mis discípulos", sino que dice: "Si renunciáis a vosotros mismos". Entonces corresponde.

Cuando los hábitos ilegales están fuertemente arraigados en nosotros, son a veces mucho más fuertes que nuestra voluntad. Por lo tanto, se necesita hacer un verdadero esfuerzo para salir de la situación. Cuando el cuerpo está apegado así a ciertos hábitos, decimos: "No puedo pasarme de esto". Es simplemente por el hecho de que el organismo pide imperiosamente eso o aquello, porque lo hemos acostumbrado. Este es el caso para una multitud de cosas, y también para los deseos de la carne.

En esta dirección es el diablo que sugiere a los seres humanos. No es sino una influencia diabólica que de esta manera obra sobre ellos. La carne desea el espíritu del adversario, porque está acostumbrada.

Cuando estamos bajo la influencia diabólica, nos vienen una cantidad de excusas para no vivir el programa divino tal como el Señor nos lo muestra. Le damos vueltas, tenemos evasivas y decimos: "No me comprendéis", y nos sentimos desestimados, incomprensidos, solitarios; mientras que el Señor nos dice: "No te dejaré, ni te abandonaré."

Vemos cuán necesario es que el Señor envíe un servidor para mostrar el camino a su pueblo. Es por lo que las Escrituras declaran: "No le resistáis, porque mi espíritu reside en él." Es prudente, pues, conducirnos según las instrucciones que este servidor nos da. Mas Dios no obliga a nadie, pero si resistimos, nos cortamos nosotros mismos de la bendición.

Estas son profundas instrucciones que nos muestran cuánto debemos guardar nuestro corazón para que el espíritu de Dios pueda ani-

marnos y cuánto también tener sujeta nuestra carne. Cuando la carne ha tomado los nuevos hábitos del Reino de Dios, nos sentimos inmensamente bien.

Entonces venimos a ser naturales. Tomamos con gratitud de la mano del Señor lo que él nos da, entonces empezamos a sentirnos a gusto en las pruebas, porque es la mentalidad divina que va ganando ventaja.

El espíritu de Dios habla de benevolencia, de perdón, de amor, de maravillosa armonía. Cuando sopla la tempestad en nuestro alrededor, decimos: "Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque Jehová te ha hecho bien." Este pensamiento grandioso me ha ayudado en una multitud de circunstancias.

Cuando el espíritu divino puede hacer así su acción en nosotros, nos sentimos entusiasmados; podemos gastarnos, abnegarnos sin contar, porqué lo hacemos por amor. En cuanto a mí, me siento feliz de gastarme completamente por la bendición de mis hermanos y hermanas, y de todos los seres humanos. Hacerlos felices es mi alegría y mi recompensa.

El Eterno es un Padre verdadero para nosotros, un Padre de una ternura exquisita y grandiosa. Él nos trata con una paciencia inefable, y nos dice a cada uno: "Dame, hijo mío, tu corazón, y que tus ojos se complazcan en mis caminos."

¿Por qué Dios nos pide esto? Porque es para nosotros el único medio de volvernos felices.

¡Y cuánto deseo veros felices a todos! Por eso, el regalo más espléndido que podáis hacerme, es vivir fielmente los caminos divinos, porque así os sentiréis felices, y tendréis una fe capaz de trasladar montes.

Por consiguiente, no queremos dejar que nuestra carne se rebele contra el espíritu de Dios, a causa de los hábitos perversos que ella ha tomado. Con nuestra buena voluntad queremos ponerla bajo el control del espíritu de Dios, a fin de llegar a ser una manifestación a la gloria del Eterno, una manifestación de verdad y no más un testimonio de error.

Si los seres humanos mueren, es porque ellos mismos se destruyen, a causa de sus malos hábitos egoístas, que los ponen fuera de la gran circulación: dicho de otro modo, fuera de la protección divina.

Mientras que, cuando podemos sentir la protección divina, no corremos ningún riesgo, ni siquiera en las situaciones más peligrosas. Por eso Daniel en el foso de los leones, y los tres hebreos en el horno de fuego, estaban guardados, y nada les sucedió.

Al hablar el apóstol Pablo de los malos hábitos que impiden entrar en el Reino, compren-

demostramos ahora que para vivir nuestro organismo necesita los hábitos legales y la acción del espíritu divino. Es siguiendo este proceso como los seres humanos podrán realizar lo que está mencionado en Job.

Entonces los seres humanos podrán librarse de descender al sepulcro, como lo mostró aquel entre los mil mencionado por Eliú. En efecto, el rescate fue pagado por nuestro querido Salvador y hemos llegado al tiempo de la introducción del Reino de Dios.

El espíritu diabólico es completamente diferente del espíritu de Dios, puesto que este último es un espíritu de libertad. El espíritu diabólico es un espíritu tenaz, que nos acosa obstinadamente, nos persigue y nos sugiere. Por eso, si no lo rechazamos enérgicamente, no podemos despegarnos de él.

Por lo tanto, es indispensable que corramos con perseverancia en la liza. Para vencer la sugestión demoníaca, es preciso considerar nuestros propios defectos, y no los del prójimo, debemos ser severos con nosotros mismos, y generosos con los demás. De esta manera, en vez de la confusión, dispensaremos la paz, la benevolencia y la bondad.

Ya me había dicho muchos años antes: "Cuando piensas en alguien, recuerda solamente sus buenos momentos, los demás son del dominio diabólico." Las Escrituras dicen por cierto que los ojos del Eterno son demasiado puros para ver el mal.

El Eterno sólo recuerda el bien, y nuestros malos momentos no dejan huella en Él. Naturalmente, según la ley de las equivalencias, los malos períodos dejan huellas en nosotros. Esforcémonos, pues, en tener cada vez más de los buenos y menos de los malos, a fin de formar un registro divino, o sea, un registro que nos asegure la vida.

Este es el buen combate de la fe. Si lo libramos fielmente, sentiremos que el Eterno está a nuestra diestra, y no vacilaremos; pero conviene luchar conforme a las reglas. Tenemos en nosotros debilidades que combatir, y victorias que nos conviene ganar.

Si por ejemplo sentimos celos, hay que trabajar esta tendencia hasta que lleguemos a regocijarnos sin reserva con el éxito de nuestro hermano o de nuestra hermana, y de sus progresos. Es con estos progresos que el Reino avanza, y por tanto es otra tanta ganancia.

No olvidemos que formamos una familia, y que la salvación es colectiva. Lo que prueba que somos hijos de Dios, es cuando realizamos un amor sincero y verdadero los unos con los otros, y con la pobre humanidad.

Se trata de que lleguemos a ser estables en

estos sentimientos. Hay muchos amigos que, en ciertos momentos, son influidos por el buen espíritu y que, súbitamente, se dejan influir de nuevo por el adversario, que los hace tambalearse, y así sus altibajos son continuos.

Este no debe ser el caso. Por lo tanto, es menester que demos los pasos a medida que los discernamos. Si descubrimos un mal hábito, debemos combatirlo enérgicamente hasta que lo hayamos reemplazado por uno de bueno. Así llegaremos a dominar la situación, y podremos experimentar toda la alegría que nos comunica el poder de la gracia divina.

Yo no os hablo como un predicador. Lo que les comunico lo siento profundamente en mi corazón por haberlo vivido. Y con toda mi alma deseo que todos tengáis este sentimiento de seguridad, esta inefable impresión de felicidad y de bendición que el Señor da a sus hijos fieles. El Señor desea que seamos felices. No le impidamos para que cumpla en nosotros este maravilloso trabajo.

Por cierto, el diablo es astuto, y sólo podemos librarnos de él con un espíritu de vigilancia que no cese un instante. Esto requiere que nos ocupemos sólo del programa. El Reino de Dios nos es precioso y querido en la medida en que nos esforzamos en realizar su ambiente.

Entonces le encontramos en Reino de Dios un sabor inefable, y es con entusiasmo que trabajamos en la reforma de nuestro corazón. Acabamos finalmente por encontrar esta reforma apasionante. Cada progreso nos procura alegría y aguja nuestro celo.

Nuestro querido Salvador oró a su Padre diciéndole: "Para que sean uno, y que el mundo conozca que tú me enviaste." Es lo que el diablo quiere impedir a toda costa. Por eso, multiplica las trabas, las dificultades y las pruebas, para que soltemos prenda y que perdamos nuestra certidumbre.

Pero sólo podemos perderla si hacemos compromisos. De lo contrario, sentimos constantemente el apoyo del Señor en medio de la adversidad. Entonces, con su ayuda, somos fuertes en la prueba y podemos vencer todo.

Debemos sentir que el Eterno está a nuestra diestra. Si queremos que el mundo sea tocado por nuestro testimonio, es preciso que formemos juntos una estrecha unidad, que seamos verdaderamente la familia divina, ligada íntimamente por su adhesión al Reino de Dios.

Recordemos que allí donde dos o tres se reúnen en su Nombre, con el deseo de vivir la verdad, el Señor está en medio de ellos. Y cuando él nos asiste con su espíritu, todo es amable, fácil, la alegría es inmensa y el corazón es consolado porque nos sentimos en el Reino de Dios.

Para sentirnos en esta situación, es preciso poner a un lado los antiguos hábitos, para que el espíritu de Dios pueda dirigirnos completamente. Entonces estaremos bien unidos en armonía por el hecho de que ponemos todo pensamiento personal a un lado.

El apóstol Pablo nos dice: "No hay varón, ni mujer, ni esclavo libre, sino todos son uno en Cristo." Si purificamos nuestro corazón, si ponemos completamente a un lado la vieja criatura para que la nueva pueda prosperar, podremos realizar este pensamiento. Es además lo que debemos lograr absolutamente.

Las hermanas deben poner a un lado toda coquetería, todo deseo de figurar. Es menester sobre todo que se desacostumbren de adular a los hermanos, a fin de reinar sin aparentarlo por medio de ellos, Lo que conviene es reali-

zar la sencillez, la modestia y la dignidad del Reino de Dios.

Por lo demás, estas indicaciones sirven también para los hermanos. Pues una hermana que vive fielmente el programa tiene mucho más valor y poder de bendición que un hermano que no es suficientemente fiel.

Por lo tanto, si cada uno hace lo necesario según los principios del Señor, todo irá admirablemente, y no habrá mas varón ni mujer, sino que todos serán unidos en Cristo, porque todos estamos ocupados a una única cosa: la introducción del Reino de Dios en la tierra. Todo lo demás debe desaparecer de en medio de nosotros. Por lo tanto, en todo debemos expresar los sentimientos de Cristo.

Si vivimos bien este programa, podremos dar un grandioso testimonio. Naturalmente, hay los viejos hábitos que se pegan a nosotros, y toda clase de barreduras que conviene expulsar de nuestro corazón. Pero, a menudo, nos gustan estas barreduras, que nos vuelven obesos espiritualmente. Ahí está el hito.

Conviene, pues, que seamos categóricos con nosotros mismos, y llamemos sin reticencias al mal "mal". Por eso, cuán útil es que podamos vernos tal cual somos, sin adornos, y que no nos engañemos acerca de nuestro propio estado. Por lo tanto, volvámonos naturales, tanto exterior como interiormente.

Emprendamos con celo la reforma de nuestros sentimientos. Poco importa si somos muy pobres, con tal que pongamos todo en la balanza honradamente, a fin de reformarnos. Esto es indispensable.

Yo mismo, no caí del cielo como un consumado consagrado. He tenido antecedentes personales, quizás más que muchos de entre nosotros; pero, a veces, en la excesiva pobreza vemos más fácilmente claro, a causa de la inmensa diferencia entre la sublime luz que nos alumbraba y nuestra miseria personal.

Mientras yo servía al Eterno con todo mi corazón, quería entusiasmar a las personas por el programa divino, porque a mí tanto me entusiasma, y esto a veces me llevó a exagerar un poco. Pues pensaba que así electrizaría más fácilmente a los amigos por el Reino, teniendo sobre todo que tratar con cierto número de pesimistas muy acentuados. No obstante, tuve que darme cuenta después, de que me convenía poner a un lado esta forma de proceder, porque sólo tiene valor la pura verdad. Por eso luché enérgicamente contra todas esas tendencias mías.

En efecto, sólo hemos de presentarnos al Eterno con pensamientos y palabras que correspondan exactamente con la verdad. El Eterno es el Dios de verdad, y por eso es preciso adorarlo en espíritu y en verdad; lo demás no tiene ningún valor.

Por otra parte, el Señor es de una nobleza inexpresable. Es amable y tierno. Cuando venimos a él, nos recibe con una benevolencia y una humildad verdaderamente prodigiosas. Nos escucha y nos bendice como si hubiéramos sido una persona honrada durante toda nuestra vida.

No nos hace reproches ni nos regaña, sino todo lo contrario. No nos reprocha nuestros extravíos, ni nos dice: "Has hecho esto y aquello, ¡es abominable!" Al contrario, el Eterno se dirige a nosotros con palabras de una inexpresable benevolencia, cuya influencia penetra hasta lo más profundo de nuestro ser. Él nos dice: "Dame, hijo mío, tu corazón."

¡Cuán atraídos nos sentimos a semejante Padre, que nunca nos riñe, que siempre esti-

mula y nos consuela! No apaga el pabulo que humea, sino que reanima la llama con amor y bondad. El nos introduce en una maravillosa familia de hermanos y hermanas que tienen el ideal del Reino de Dios en su corazón, que viven estrechamente en armonía y que son unidos por los lazos de la caridad divina. ¡Qué felicidad tenemos de pertenecer a esta gloriosa familia! Naturalmente, esto requiere renunciar a sí mismo, con amor y entusiasmo.

Es un inmenso consuelo para nuestro corazón sentir que el espíritu de la filiación divina nos une al Eterno, y estar asociados a nuestro querido Salvador en su grandiosa obra. Las perspectivas que tenemos son sublimes. ¡Qué gozo pensar en la restauración de todas las cosas! ¡Qué bendición para el Ejército del Eterno poder trabajar al saneamiento de la tierra, para que se convierta en un paraíso! Hemos llegado al bendito tiempo de la restauración de todas las cosas; por eso el Señor nos da la comprensión de lo que es preciso hacer para restaurar la tierra. ¡Cuán cautivante es hacer de la tierra el resplandeciente estrado de los pies del Eterno! Ante tales perspectivas, y con este ministerio, cuán necesario es que no dejemos hablar más en nosotros al espíritu del adversario, sino que sea el espíritu de Dios quien nos haga obrar en cada cosa, y que domine completamente nuestra carne en todas las direcciones.

Hemos de apresurar el Día de Dios. Es un ministerio sagrado que ocupa todo nuestro corazón, todo nuestro ardor, todos nuestros pensamientos y todos nuestros instantes. No debe haber más lugar en nuestra alma para cualquier otra cosa.

Debemos poder orar con fervor: "Venga tu Reino", porque ponemos toda nuestra alma al servicio del Señor, sin reserva alguna, para hacer venir su maravilloso Reino.

En su Reino la muerte no será más. Las lágrimas serán enjugadas. Los que están en los sepulcros saldrán de ellos a la voz del Hijo del hombre; él venció la muerte, resucitó, y tiene la suma potestad para hacer salir a todos los muertos del sepulcro.

Si ponemos en ello el todo por el todo, el Señor derramará sobre nosotros toda su aprobación y toda su bendición; es esto lo que os deseo a cada uno de vosotros. Es así como podréis afirmar completamente vuestra vocación y vuestra elección, a la gloria del Señor.



## Preguntas para el cambio

### – del carácter –

1. ¿Hemos combatido nuestras tendencias egoístas, dejado los hábitos que nos destruyen, renunciado a nosotros mismos?
2. ¿Hemos confiado en el Eterno en la prueba, cubierto con amor, progresado en la humildad, la sinceridad y la fidelidad en lo poco?
3. ¿No hemos aceptado nada del adversario, sólo visto el bien, captado el espíritu de Dios, traído alegría y confortamiento?
4. ¿Hemos procurado la unidad en la asamblea, progresado en los sentimientos del Reino, ganado victorias sobre la sugestión?
5. ¿Hemos perseverado en el esfuerzo, sentido alegría en la prueba, sido generosos para el prójimo, severos con nosotros mismos?
6. ¿Hemos vencido las influencias de la carne, visto el mal en nosotros, llamándolo como tal, emitido siempre buenas impresiones?